

¡Nada!

¡Nada!

Ni un suspiro ahogado
que el aliento lo desvanezca.

Ni un rescaño de rencor
para asesinar esta ternura.

Ni algún recuerdo echo cenizas,
empolvando de gris estos momentos.

Ni una mirada verdadera,
mirando abiertamente a los ojos.

¡Nada! En el resquemor del odio acorralado.

¡Nada! Bajo las cicatrices dejadas por las heridas.

¡Nada! Tras el esfuerzo desmedido de unas manos.

¡Nada! En el desierto desangelado de una piel vacía.

Cuando la nada descarna el aire
con su afán hueco de pozos y distancias;
y despelleja la piel de las palabras
con sus uñas de dedos afilados:
se oscurecerán los verbos y las ansias,
bajo su manto de polvo deshilvanado.
Y se alargará en un vuelo sin alas,
sobre rastrojos de abrasadas espigas.

Cuando la nada surge agonizando,
cerrando puertas y echando cerrojos,
habrá que doblegarla con las justas ganas
y el impulso de vivir siempre intacto.

Pues ella, traicionera de voluntades,
se agarra al cuello breve de los instantes;
se enreda tenaz a los segundos fugaces,
como una raíz oscura de férrea constancia.

Y la nada...lame y araña,
vacía los colmados gritos hasta callarlos;
nos colma de agujeros para reventarnos,
con su redoble de golpes estériles y callados.

¡Nada! En las renunciadas de un largo destierro.

¡Nada! Entre la saliva amarga de los versos.

¡Nada! Sobre la pena rota, tras haber llorado.

¡Nada! Tras la mortal sombra de los cuerpos.

Ni el viento llevándose las hojas secas.

Ni el aroma marchito de la nostalgia.

Ni el beso en la cima de las bocas.

Ni la soledad... cuando no se encuentra nada.

¡Nada! Ni un mendrugo para esta hambre eterna.

¡Nada! Ni una gota de agua para esta sed sedienta.

¡Nada! Ni un rumor para romper esta calma atada.

¡Nada! Ni una simple vela para esta noche tan negra.

¡Nada! Bajo el áspero manto de la condena.

¡Nada! Entre los huesos de las horas recién muertas.

¡Nada! En la alcoba desolada de la larga espera.

¡Nada! Entre la añoranza y ante las ausencias.

Si nada queda, ni tan siquiera el olvido,

ni los despojos acumulados de los recuerdos.

Ni los pasos enterrados en los caminos,

ni los latidos gastados en un leve y falso sueño...

latidos cayendo a un hastío de nada,

a un rastrojo hundido, quemado y deshecho:

bajo el fervor ardiente de mil viejas batallas,

y el sol abrasador de tantos y tantos momentos...

¡Nada!

Ni una libertad que desate estas ataduras.

Ni un grito que nos alerte justamente a tiempo.

Ni un verbo que amase, trabajosamente a oscuras,

ese afán que no sirve cada día de vida y de alimento.

¡Nada! Ni un gemido rompiendo la monotonía.

¡Nada! Ni una lluvia para mojar esta árida tristeza.

¡Nada! Ni una caricia para encontrar la fe perdida.

¡Nada! Ni una mentira que engañe, pero que jamás nos duela.

¡Nada! En el abrazo de la desidia con la indiferencia.

¡Nada! En la incomprensión que rige la intolerancia.

¡Nada! Por el renglón enloquecido de las guerras.

¡Nada! En los cuchillos que apuñalan las palabras.

Nada llena de un todo, huérfano de esperas,
de un todo desmembrado que lento se derrama,
desvestido de un sudor cansado que siempre lleva
el firme propósito que atesora toda esperanza.

La certeza hueca que en la boca deja
un amargo sabor a vida... recién gastada;
un regusto salobre a la podrida tierra,
abatida por el peso de tantos y tantos años.